

tad para respirar, para vestirse, para dormir si se lo consiente el ruido de las ciudades; para enfermar y aun para ejecutar acto de trascendencia tan incalculable como es el morir de muerte natural. Pero por esta y otras pequeñas libertades le hacen pagar precios muy altos, casi tan altos como los que paga por aquellos otros servicios que ha monopolizado el Gobierno. Y el ciudadano se dice: «¿Por qué hay servicios cuya administración asumen los Gobiernos y servicios dejados a la inclemencia de la iniciativa particular?» Y el Estado responde que ha llegado la complejidad de los negocios públicos al extremo de hacer imposible para la administración el ocuparse en atender a otros servicios.

De todo esto resulta que hay una tendencia a fraccionar las funciones del Estado, conservándole su augusta apariencia. La tendencia no es en la Historia una gran novedad. En un tiempo el Estado fué una parte de la Iglesia. El fetiche y el sacerdote llenaron al principio todas las funciones que hoy caen dentro de las atribuciones de la burocracia. Enseguida el Estado fué el ente principal que llenaba a un mismo tiempo las funciones de la Iglesia. La historia moderna da cuenta minuciosa de la lucha tenaz de algunos pueblos para lograr la separación de la Iglesia y el Estado, haciendo convivir a estas dos entidades en absoluta independencia la una de la otra. Los regímenes de separación, de unión, de concordato, son atenuaciones de la gravedad de este intrincado problema, cuya solución no puede ser otra que la separación absoluta de las dos potestades. Pero aun eliminando la Iglesia de sus preocupaciones y dejándola en completa libertad para darse sus leyes y estructura propias, el Estado continúa siendo un organismo excesivamente complicado. El hombre resulta incapaz de difundir su inteligencia por todos los ámbitos hasta los cuales penetra una administración desordenadamente entremetida y ubicua. El entendimiento de un solo hombre, la capacidad reflexiva de todo un Parlamento, no bastan para abrazar en su conjunto todos los aspectos de la actividad de un Gobierno. A esto se agrega que, en efecto, al lado del Estado han nacido y están creciendo entidades que le merman su poder y que, en ocasiones, llegan a imponérsele. Las grandes compañías de transportes se han convertido en una especie de segundo poder. Las asociaciones denominadas «Trade Unions» en Inglaterra manifiestan una tendencia cada día más franca a cercenar los derechos del Estado. Estos rivales del organismo político no han querido usar hasta ahora de la violencia. Los grandes

trusts y las asociaciones obreras limitan el poder del Estado haciendo uso del capital enorme que usufructúan o recurriendo a la huelga, según el caso. Pero se ha constituido ya, en algunos países, una entidad rival del Estado que no se detiene ante la violencia y hace de ésta por el contrario su más eficaz y más socorrida manera de imponer su voluntad. El fascismo no titubea ante el asesinato, el incendio premeditado, la extorsión y el secuestro. Y con estas medidas ha afirmado su existencia con caracteres de un segundo Estado, dentro del Estado, con soberanía y organización que tienen en jaque a la vieja armadura monárquica o parlamentaria. El Gobierno italiano está desempeñando un triste papel ante la arrogancia y el coraje de los fascistas. Y cuidado que éstos no hacen secreto de su actitud ante el viejo y pomposo organismo del Estado democrático. En un coloquio de Benito Mussolini con un periodista francés, el artífice genial del fascismo ha diseñado su plan con una franqueza recomendable. El y sus adeptos tratan de reducir el Estado a sus funciones esenciales, que son de orden político y legislativo. Acaso por este lado se den la mano con los gremialistas británicos. Piden además los fascistas representación de los trabajadores en la dirección de cada industria, limitando esta intervención a proteger los derechos del personal. Tal exigencia es menos completa, pero lleva la misma orientación que la del socialismo gremial, cuyas aspiraciones se cifran en poseer y administrar los elementos de trabajo y los materiales de cada industria.

El socialismo gremial y el fascismo son organizaciones públicas que obran

a la luz del día y se sirven de los medios de acción y de propaganda de que usan los Gobiernos. Pero hay otras organizaciones que no tienen programa conocido, como el Klu Klux-Klan, que desenvuelven sus planes en secreto, que no vacilan ante el crimen, que se cubren de ridículo y, sin embargo, desafían el poder del Estado y en ocasiones suelen contrarrestarlo. Se habla aquí de esta asociación, no para hacer mérito de su importancia, sino para evidenciar la debilidad del Estado moderno.

A estas flaquezas del Estado han venido a agregarse los poderes enormes que la ciencia pone diariamente a merced del individuo. La invención de la pólvora hizo al hombre aislado, más independiente. La química moderna ha puesto a disposición del individuo tales medios de destrucción, que el Estado tiene que tomarlos en cuenta al proceder contra los hombres perniciosos. Un malvado solo puede destruir un barrio entero con sus habitantes. Los medios de transporte, por otra parte, aumentan la independencia del individuo. El gran barco transatlántico y los ferrocarriles lo esclavizaron, o, al menos, exaltaron sus instintos gregarios; pero la bicicleta, el automóvil, el aeroplano, han puesto en sus manos grandes elementos de libertad para evadir la inspección del Estado, y para escaparse si lo persiguen. El avión sin motor, si se perfecciona, completará estos anhelos de libertad y cercenará la soberanía de los Estados en cuanto se ejerza sobre los individuos.

Por último es preciso no perder de vista que la soberanía no es un derecho, sino una función. El Estado no es soberano por derecho, sino porque puede ejercer las funciones que le incumben a esa entidad. Puede perderlas por impotencia; se le pueden cercenar, como se le cercenaron un tiempo al Japón, a Turquía, a la China; se le pueden suprimir temporalmente en castigo de faltas cometidas, según se ha visto en el caso reciente de las Naciones vencidas. Y sin intervención de Naciones vecinas se puede perder la soberanía por ineptitud y aun se puede ofrecer al mejor postor, como en el caso de Austria. Por esto dijo Mommsen en su historia de Roma y refiriéndose a los tiempos de Sylla que «cuando un Gobierno deja de gobernar, todo el que tenga el poder y la capacidad de derrocarlo tiene también el derecho de hacerlo», frase ciceroniana que deben repasar en la mente y analizar en sus consecuencias los hombres de Estado hispano americanos, especialmente los que tienen en sus manos la soberanía de los trópicos.

(La Nación, Buenos Aires).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	€ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).....	3-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.